

## Introducción

No hay nada que sea tan difícil como entrar en el Reino de los Cielos. Pero también es cierto que no hay nada que sea tan fácil como entrar en él. Resulta fácil o difícil dependiendo desde qué perspectiva contemplamos la puerta de entrada. Digo puerta porque es una de las metáforas que Jesús utiliza con frecuencia al hablar del Reino de los Cielos. Desde la perspectiva exterior, salvarse es difícilísimo. Desde la interior, facilísimo. Pero lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios.

Dejando aparte consideraciones más propias de expertos que matizan la diferencia entre Reino de Dios y Reino de los Cielos, no hay duda de que entrar en ese Reino equivale a la salvación, que al fin y al cabo es lo verdaderamente importante. La sabiduría popular lo expresa repitiendo los siguientes versos de un poeta castellano: «Aquel que al final de esta vida se salva, sabe, y el que no, no sabe nada».

Jesucristo ha venido a salvarnos. De hecho, el nombre de Jesús (Yeshúa (ישוע)), que es una forma abreviada de Yehoshúa (יהושע)) significa eso: «Dios salva», esto es, salvación. Jesucristo es nuestro Salvador. Él nos salva de la muerte eterna, del infierno, del horror de no poder alcanzar la felicidad eterna para la que fuimos creados.

Es normal que la cuestión de la salvación, para alguien que tiene claro lo que es verdaderamente importante, suscite cuestiones. Narra el Evangelio: «Uno le dijo: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?”. Él les dijo: “Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán”» (Lc 13, 23-24).

Otras traducciones emplean, en vez de “luchad”, esforzaos. Pero, tanto en unas como en otras, la cuestión reside en que no parece fácil salvarse. En la parábola de las diez vírgenes, de las cinco prudentes y cinco necias, solo las primeras entraron. Se cerró la puerta y las otras quedaron fuera. Y cuando golpearon una y otra vez la puerta diciendo: «¡Señor, ábrenos!». Desde dentro escucharon aquellas temibles palabras: «Os lo aseguro, no os conozco». Y, ante el joven rico que se marcha triste renunciando a seguir a Jesús, éste exclama: «¡Qué difícil es que los ricos entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios». Entonces, los apóstoles preguntaron asombrados quién podía salvarse. Jesús responde diciendo: «lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios».

En el presente texto hay ideas y expresiones que se repiten con gran frecuencia y prácticamente con las mismas palabras. Soy consciente de que puede resultar para algunos un tanto fastidioso volver una y otra vez a leer unos pocos argumentos de una forma insistente. De todos modos, me ha parecido oportuna esa insistencia y repetición. Primero, porque para que algo se nos quede bien grabado hemos de repetirlo una y otra vez. La reiteración del mensaje es la técnica publicitaria: somos despistados. Y segundo, porque no es probable que alguien lea el libro de un tirón, caso en que sí podría resultarle pesada la reiteración. De modo que, si se va leyendo en varios momentos, no está de más que lo más importante aparezca repetido con frecuencia.

Por último, confieso que el tono de bastantes de las expresiones puede resultar un tanto agresivo, brusco, incluso me atrevería a decir “ofensivo”. También podría haber suavizado esas expresiones, pero he preferido dejarlas como han salido: de un acuciante deseo de hacer despertar a los que están dormidos. Pueden ser como un grito, como zarandear con energía y hacer reaccionar a quienes nos dejamos llevar de la comodidad y perdemos de vista lo principal. Cada uno puede aplicarse a sí mismo muchas o algunas de estas cosas. Y también puede servir para ayudarnos a saber qué decir y cómo despertar a nuestros amigos y conocidos, para que no dejemos de esforzarnos por ser verdaderamente católicos y poder entrar por la puerta del Reino de los Cielos. Porque lo que de verdad queremos es gozar eternamente de Dios.